

HISTORIAS DE LA CRÍTICA LITERARIA LATINOAMERICANA. INTRODUCCIÓN

Histories of Latin American Literary Criticism. Introduction

Histórias da Crítica Literária Latino-Americana. Introdução

Christian Anwandter Donoso¹ 

Carlos Walker^{2,3} 

¹ Universidad Adolfo Ibáñez, CHILE

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), ARGENTINA

³ Universidad de Buenos Aires, ARGENTINA

Cualquier tipo de aproximación a la crítica literaria supone distinciones y decisiones que ya son en sí mismas operaciones críticas. Esta idea de separación está en la raíz etimológica de la palabra *crítica*, donde *krínein*, en griego, designaba el momento en que una decisión debía tomarse ante un cuerpo enfermo que podía, entonces, recuperarse o morir. La formulación de los criterios de esa decisión ante un cuerpo cuya sintomatología era juzgada dio lugar, históricamente, a diversos tipos de crítica.

Se suele homologar el nacimiento de la crítica con el de la literatura, en el entendido de que el texto literario convoca a que se hable de él, que se lo juzgue, que se lo comente y en esas costumbres se prefiguran los gestos críticos paradigmáticos. De todos modos, si se quiere ir más allá de esta visión, en extremo panorámica, es posible situar a principios del siglo XIX —según el modelo de las denominadas literaturas centrales— la consolidación de un saber sobre lo literario que reclama para sí un lugar específico dentro de la historia de la literatura y que se designa como “crítica literaria” (Jarrety, 2016, pp. 7-24). A partir del esquema planteado para la literatura francesa por Michel Jarrety (2016), vale la pena señalar que esta datación del comienzo de la disciplina está condicionada por la emergencia de una tripartición que se da entre la crítica de los escritores, la de la prensa y la de la universidad (p. 8). Hay, entonces, un saber sobre lo literario que reclama credenciales disciplinares.

Jean Starobinski (2008), por su parte, refrendará tanto esta organización tripartita como su periodización apelando a designaciones alternativas para dar cuenta de ella: la crítica espontánea, la profesional y la de los maestros (p. 22). La crítica espontánea, aclara, funciona más como la conversación que como una lectura en profundidad, es en el artículo periodístico donde muestra sus

juicios y entrega su decisión sobre los éxitos del momento; la crítica profesional, la de los profesores, organiza sus lecturas en vistas de producir un conocimiento y de ordenar sus estantes según criterios propios; la crítica de los maestros alude a la practicada por los grandes escritores cuando estos escriben sus lecturas (p. 22). Aquí, el argumento da un paso más en lo relativo a la tríada y propone una reflexión sobre el carácter creativo de la crítica literaria y su cercanía con la ficción para, por contraste, señalar el riesgo de la burocratización de la crítica a expensas de sus certezas metodológicas o de sus juicios inamovibles. Se trata, en suma, de pensar las condiciones de posibilidad de la crítica literaria, históricas, hermenéuticas y metodológicas, advertidos de los “peligros ligados al tecnicismo de la crítica” (p. 25). Vale decir, para estudiar las características de la crítica literaria es preciso mantener vigente, valga la redundancia, su impulso crítico. Salvando las distancias y con la modestia del caso, este dossier quiso hacer propio este designio como horizonte de trabajo.

Ahora bien, el abordaje de una disciplina como la crítica literaria a través de tipologías de índole general, tal es el caso de la división tripartita recién expuesta, se ve excedido muy rápido cuando se lo contrasta con la multiplicidad de prácticas críticas que circulan en el campo literario. Este dossier da cuenta, justamente, de la porosidad de esa delimitación, al tiempo que desarrolla sus reflexiones a partir del estudio de ciertas particularidades del quehacer crítico.

En este punto es necesario preguntarse por los motivos y los contextos en que dicha división se ve sobrepasada, pues a partir de allí será posible situar de modo más preciso el conjunto de artículos aquí reunidos. Una serie de observaciones de Julio Ramos sobre el célebre prólogo que en 1882 escribió José Martí al *Poema del Niágara* de Juan Antonio Bonalde nos permitirá insistir en la pregunta por la crítica literaria, ahora en un contexto latinoamericano. Puesto a reflexionar sobre las posibilidades de una historia alternativa de la disciplina crítica, Ramos (2021) propone exceder los marcos de lo disciplinar para leer el prólogo de Martí como un momento fundante de la crítica literaria latinoamericana (p. 398). Más aún, la relación que se establece allí entre la preocupación estética (poética y política) y los saberes de la crítica moderna permite elaborar una genealogía de la crítica latinoamericana marcada por múltiples “excesos y desajustes disciplinarios desatados por la interpretación literaria y su escritura” (p. 398). Ante la tarea de proveer modelos de comprensión, de valoración de la literatura y de su relación compleja con los marcos convencionales del saber crítico, el prólogo de Martí tendría la virtud de desdibujar los límites normativos de la disciplina y, con ello, prefiguraría buena parte de los rasgos constitutivos de la crítica literaria latinoamericana, a saber, su excentricidad y heteronomía con respecto a los modelos europeos, el consecuente predominio de una escritura ensayística y de una veta imaginativa que pugna por ir más allá del horizonte cristalizado

de sentido. Dichos rasgos, cabe subrayar, son a su vez comprendidos como un efecto de las modernidades periféricas propias del subcontinente (p. 403). Esta suerte de bosquejo anticipatorio de la crítica literaria latinoamericana insta a indagar en las maneras con que esta ha sido pensada, ejercida y discutida en distintos escenarios.

En consonancia con lo anterior, Guillermo Mariaca (2007) ha propuesto que la crítica latinoamericana se ha construido desde la figura de la *crisis* como una “retórica de entrada” (p. 19), la que ha legitimado intentos de reformular la imagen de una comunidad nacional latinoamericana desde criterios político institucionales y de política cultural (p. 15). En otros términos, las historias de la crítica latinoamericana están atravesadas por la cuestión de la identidad, tal y como sucede en la literatura esto conlleva una tensión entre nacionalismo y cosmopolitismo. Pero también, advierte Mariaca, es importante prestar atención a las encrucijadas donde la literatura puede ser parte de una política cultural, pues sus vínculos con otros discursos y sus resonancias políticas tienen consecuencias concretas en el posicionamiento público de los intelectuales que participan en estas definiciones. De esta observación nace la exigencia de pensar, constantemente, cómo circulan los discursos, a veces contradictoriamente, en espacios locales y extralocales, y sobre todo la necesidad de tomar en cuenta su dimensión institucional.

Ahora bien, si como dijimos más arriba los marcos con que se ha distinguido entre diversos tipos de crítica literaria se han visto excedidos por manifestaciones que cuestionan las tipologías tradicionales, la tarea de repensar las historias de la crítica se vuelve relevante más allá de la labor historiográfica en que se funda la propuesta de reunir estos artículos. No se trata, por ende, de llegar a una tipología última, sino de desplegar las posibilidades exploradas en cada contexto por los discursos de la crítica literaria y sus formas de ejercerse. Proponer esta tarea parece relevante hoy en día, cuando se escuchan frecuentes quejas sobre la ausencia de crítica en la prensa, por una parte, y sobre el aislamiento o la endogamia de la crítica académica, por otra. Por lo general, estos diagnósticos son formulados a partir de nociones reduccionistas de la crítica literaria. Este dossier, a pesar de circular a través de un canal académico y confiarse a su cuestionada capacidad para llegar a públicos no especialistas, pretende matizar afirmaciones demasiado apresuradas o categóricas. Contra esta suerte de catastrofismo, presentamos una muestra de historias de la crítica literaria latinoamericana que contiene un amplio abanico de intervenciones e intersticios, en lugares muchas veces impensados, y cuyas particularidades apuntan a ampliar nuestra comprensión sobre las condiciones de posibilidad de la crítica literaria sin dejar de lado su historicidad. Esta manera de aproximación a los discursos críticos se emparenta con el pensamiento de Walter Benjamin y la idea

de que el “pasado tiene una energía disponible que por medio de la crítica podemos actualizar para levantar otras memorias y desde ese tejido configurar otro presente” (Soto Calderón, 2020. p. 28).

Valga la evidencia, las historias de la crítica son indesligables de las condiciones de posibilidad del ejercicio crítico. Por lo mismo, si hay muchos intersticios, espacios e intervenciones que se han visto, en gran medida, excluidos de esas historias, ello se debe a una continuidad en las modalidades con que la crítica ha sido pensada. La apertura hacia otros espacios editoriales, institucionales y de escritura, permite extender el campo de la crítica literaria y redibujar así sus imaginarios y posibilidades. Más aún, la figura del crítico, central para comprender la crítica literaria, requiere ser estudiada también en la complejidad del entramado institucional, cultural, político y técnico de cada época. Por lo mismo, conviene situar este ejercicio reflexivo en un marco de desconfianza contemporánea hacia el gesto crítico. Se trata, por un parte, de una desconfianza que pone en duda la utilidad o la viabilidad de una separación tajante de aquellos pares de opuestos que han organizado el juicio crítico en el pasado (bueno-malo, bello-feo, verdadero-falso, central-periférico, relevante-irrelevante). Pero por otra parte, se trata de una desconfianza que además ve en los gestos críticos una serie de limitaciones que ya no logran incidir en lo real: “la crítica, que fue ciertamente un remedio, se ha transformado en un veneno (...) desde el momento en que celebra como progreso de la razón la destrucción de aquello que produce apego, sin aceptar que aquello que produce apego pueda ser lo que hace pensar” (Citton, 2017, p. 131). En este contexto, han surgido movimientos que abogan por una postcrítica en vistas de generar nuevas creencias emancipatorias, antes que de concentrarse en mantener a distancia ilusiones ingenuas. Es cierto, como sugería Barthes, que hay un *verosímil crítico* que circula de distintas maneras en medios masivos y especializados sin entrar en contradicción con diversas autoridades culturales (el canon, el éxito, el mercado, la erudición, entre otras). Sin embargo, resulta a todas luces riesgoso en términos políticos abandonar los gestos críticos en nuestro tiempo, marcado por la desinformación y generación automatizada de imágenes y discursos. Parece necesario, en cambio, repensar la manera en que se ha concebido la crítica —sus historias, sus formas, sus espacios, sus medios técnicos— en aras de seguir interrogando su papel en la difusión de ideas así como en la transformación de nuestros modos de vida.

En cuanto a los textos de este dossier, los dos primeros artículos interrogan de manera directa las potencialidades críticas del latinoamericanismo, sus genealogías, sus modos de aprehender el mundo, sus efectos y sus prácticas. En “Crítica y poder: Ángel Rama y el latinoamericanismo”, Graciela Montaldo se concentra en la correspondencia y en el diario del célebre crítico uruguayo para desde allí revisar algunas aristas de su proyecto de fundar una crítica literaria latinoamericana.

Tomando como punto de partida la reciente publicación de la correspondencia de Rama, Montaldo indaga en las particularidades de un momento de construcción de la crítica latinoamericana en los años 60 y 70. Para ello, propone abordar esa coyuntura, donde Rama es la figura central, desde una doble perspectiva: la crítica latinoamericana como defensa, ante la amplia difusión de la teoría literaria y la filosofía europea, y como estrategia, en la medida que buscaba sentar las bases de un pensamiento sobre la literatura desde las realidades del continente. Las cartas de Rama muestran otro costado de la formación de ese proyecto de comprensión de la cultura latinoamericana que incluyó distintos actores (escritores, críticos, profesores), instituciones (universidades, revistas, editoriales), en un contexto político donde la Guerra Fría y la Revolución cubana acicateaban la creciente politización social. La idea de fundar una teoría crítica desde América Latina que está presente en los papeles personales de Rama, permite reflexionar sobre las ambiciones y los alcances de ese proyecto transnacional, al tiempo que enseña sus penurias y sus marcas de género en aras de prolongar hasta nuestro presente la comprensión de la cultura como una forma de activismo.

Por su parte, Clara Parra, en “Latinoamericanismo y extractivismo”, se concentra en los fundamentos históricos de un latinoamericanismo que, anclado en una retórica desarrollista, ha prolongado una voluntad extractivista, cuyas concepciones epistemológicas derivan de la inclusión de América Latina en el mapa de las materias primas. En este marco, Parra realiza un recorrido por distintos viajes de exploradores científicos que viajaron al subcontinente durante los siglos XVIII y XIX, lo que le permite demostrar cómo la violencia epistémica producida por la mirada *exotizante* del extranjero se basó en la aplicación de criterios clasificatorios que instaban a explotar las riquezas del Nuevo Mundo. La construcción de un conocimiento sobre lo latinoamericano, indesligable de los intereses económicos y políticos, se sirvió de una mirada científica y humanista que, sin embargo, precisó aniquilar vidas —vegetales, humanas, animales, geológicas— en vistas de afirmarse como conciencia unificada del mundo civilizado. Parra analiza los relatos de viajes de exploración científica de los siglos XVIII y XIX y su articulación con los versos del romanticismo americanista, y en contrapartida al extractivismo fundador propone una modalidad de la crítica cultural y literaria que considere estos antecedentes para, desde allí, dar paso a un latinoamericanismo de la descomposición.

El tercer artículo, “Género literario, monstruosidad e infraestructura: notas sobre la *Enciclopedia Chilena* (1948-1971)”, de Christian Anwandter, explora las relaciones entre crítica e infraestructura cultural a partir de las categorías de género literario y monstruosidad. Tomando como caso la frustrada *Enciclopedia Chilena* —que, tras veinte años de trabajo, nunca pudo imprimir

un solo tomo—, Anwandter se pregunta si, en ese fracaso, no hay una cuestión profundamente literaria: el apego a una noción cerrada de género literario que, en el marco de una infraestructura cultural precaria para las ambiciones proyectadas en el ámbito de la cultura impresa, produjo un desborde burocrático de las normas enciclopédicas. Ese desborde, a contrapelo de sus gestos críticos —que implicaban una mirada a la vez conservadora, institucional e infraestructural sobre la literatura chilena—, impidió repensar el proyecto por fuera de los marcos fijados inicialmente, a pesar de que hubo iniciativas en esa dirección.

Adriana Amante, en “Epílogo: el fin de la *Historia crítica de la literatura argentina* de Noé Jitrik”, propone una revalorización de la escritura del ensayo como forma literaria autónoma, en un contexto de burocratización académica que limita en la comprensión de los alcances que puede tener la escritura académica. Para ello, Amante considera el plan de obra de la *Historia crítica de la literatura argentina* (1999-2018), impulsado por Noé Jitrik, como un ejemplo de las responsabilidades que conlleva el trabajo intelectual. Al poner especial atención al lugar del epílogo, la autora subraya la necesidad de que la crítica —sin importar si se dirige al pasado, presente o futuro— avance siempre sobre aquello que nos aflige o interpela en el presente. En este sentido, el texto destaca el valor del ensayo como forma privilegiada de la crítica literaria, al permitir una escritura que dialoga de igual a igual, en términos de procedimientos y recursos, con el texto sobre el que escribe.

El artículo de Hugo Herrera Pardo, “La lectura como relación social. Martín Cerda en *La Gaceta*, 1957-1958”, puede entenderse como la propuesta para comprender las potencias de la crítica entendida como acto de lectura y escritura. Para el autor, la intervención que realiza Cerda en *La Gaceta*, cuando apenas tenía 27 años, puede entenderse como una forma de “filología cívica” en la que, a través de sus columnas, los modos y operaciones de la crítica se proyectan al ámbito social. Algunas de las operaciones identificadas por Herrera Pardo son el co-pensar, la continuidad entre el ensayo y conversación, un cuidado de las palabras contra el uso estatuario de la lengua, un examen de la temporalidad histórica, y la especialidad como un antídoto contra la aceleración del tiempo. A partir de diversos ejemplos, el autor muestra que, para Cerda, la lectura es tanto una responsabilidad social como una forma de vinculación con el mundo. Así, se perfila una concepción de la crítica como un espacio que responde a la “dislocación” del presente, permitiendo poner los problemas en perspectiva y “dotar de justo lugar” a ideas que puedan ofrecer salidas.

Por último, Carlos Walker, en “Gogol o el criollismo. Claudio Giacconi ante la literatura chilena”, explora las particularidades de la crítica literaria hecha por escritores que mencionáramos

a propósito de la inicial división en tres de la crítica literaria. Pero da un paso más en ese sentido, y se pregunta si acaso un ensayo dedicado por entero a analizar los distintos aspectos de la obra de Nikolai Gogol puede ser leído como una intervención crítica sobre el campo literario chileno. En función de desplegar las posibilidades de esta interrogante, Walker estudia el contexto de emergencia de la obra de Claudio Giacconi, su protagonismo en la denominada generación del 50 y su vocación polémica tal y como se expresa en otros textos críticos publicados en esos años, en donde formula un programa estético que precisa superar definitivamente al criollismo para renovar las formas expresivas de la narrativa chilena.

Un último punto antes de cerrar esta introducción. Podría argüirse que este dossier sobre *Historias de la crítica latinoamericana* tiene un marcado énfasis en el contexto chileno. Este lugar dado a la crítica chilena se debe, probablemente, al hecho de que las distintas intervenciones de este dossier fueron presentadas, originalmente, en un encuentro internacional realizado en Santiago de Chile en noviembre del año 2023. Sin embargo, esta relativa predominancia no responde, en ninguna medida, a una jerarquía. Entendemos los diferentes contextos nacionales como parte de las historias de la crítica latinoamericana, y proponemos que las aperturas que realizan los diversos artículos pueden servir, también, para abrir nuevas perspectivas en distintos campos críticos latinoamericanos.

REFERENCIAS

- Citton, Y. (2017). *Lire, interpréter, actualiser*. Éditions Amsterdam.
- Jarrety, M. (2016). *La critique littéraire en France. Histoire et méthodes*. Armand Colin.
- Mariaca, G. (2007). *El poder de la palabra. Ensayos sobre la modernidad de la crítica cultural latinoamericana*. Tajamar.
- Ramos, J. (2021). José Martí: genealogía de la crítica latinoamericana. En *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. (pp. 397-403). CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/15737/1/Desencuentros-modernidad.pdf>
- Soto Calderón, A. (2020). *La Performatividad de Las Imágenes*. Metales Pesados.
- Starobinski, J. (2008). *La relación crítica*. Nueva Visión.